

Política electoral

Imágenes de la *teleguerra* sucia: la hora de la *mediocracia*

Luis Hernández Navarro

FUGACIDAD, zozobra y desorden parecen ser las señas de identidad de la vida política nacional contemporánea. El desorden avanza. Es un desorden producido por la incapacidad de los de arriba para ponerse de acuerdo en las reglas del juego; por la falta de árbitro en las disputas por el poder; por la ausencia creciente de gobierno; por la presencia creciente del narcotráfico en la vida política y sus ajustes de cuentas internos; por la exclusión y precarización creciente de los sectores subalternos, y por el temor de los poderosos a la resistencia y el protagonismo de los de abajo.

Pero, también, avanza el miedo. En amplios sectores de la opinión pública priva una sensación de incertidumbre y miedo. Horas y horas de transmisión en los medios de comunicación electrónicos advirtiendo sobre el clima de inseguridad que existe en la ciudad de México (y en el país) han terminado por hacer de ese ambiente una realidad. La difusión reiterada de imágenes de violencia en la televisión ha cargado la atmósfera pública de temor.

El miedo, se sabe, es un entorno favorable para el florecimiento de las políticas de mano dura que tanto gustan a la derecha. En la zozobra hacen su agosto quienes llaman al orden por encima de cualquier otro valor. En la incertidumbre social el pensamiento crítico se ahoga. El autoritarismo es la vocación de quienes llaman a “¡Rescatar a México!”, aunque luego propongan, desde el principal monopolio televisivo, “Celebremos México.”

No es la primera ocasión en la que la política del miedo se pone en práctica en México para contener el avance de las fuerzas progresistas. En 1994 Ernesto Zedillo ganó las elecciones presidenciales desplegando una enorme campaña para atemorizar a los votantes. Cuatro años después, figuras y asociaciones ciudadanas, montaron una ofensiva contra el gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas, utilizando el pretexto, como ahora, de la lucha contra la inseguridad pública. La asonada fracasó, al no poder convertir el ruido en los medios de comunica-

ción, en movilización callejera. Sus promotores fueron premiados, en cambio, con cargos públicos en el gobierno de Vicente Fox. El 27 de junio de 2004, una coalición de organizaciones “ciudadanas” convocó, con el apoyo de los medios de comunicación electrónicos, a una movilización que, en los hechos, se convirtió en una prueba de fuerza contra el entonces alcalde de la ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador.

Mientras tanto, recluso en su cabaña de su residencia oficial en Los Pinos, el Presidente ignora cómo conducir el timón en plena tormenta. La política nacional va a la deriva. Hay zozobra sobre cuestiones centrales del manejo del país. Sin consensos entre las principales fuerzas políticas y con el orden institucional transgredido por la lucha por el poder, el único puerto de llegada es el que fija el calendario electoral.

Estilo “el padrino”

En 2003, un grupo de empresarios se reunió con Andrés Manuel López Obrador en la casa del suegro de Emilio Azcárraga, el dueño de Televisa. Eran tiempos felices. En el estacionamiento recibieron al jefe de gobierno con un intenso abrazo. Prácticamente lo llevaron en vilo hasta el punto de reunión. De la misma manera lo despidieron. Como en la película “El padrino”, quienes más efusivos fueron con él fueron los mismos que ya preparaban la traición.

Pocos meses después comenzó una de las más sugerentes campañas político-informativas que retraen al monopolio televisivo a sus peores tiempos. Una campaña en la que, a juzgar por el tiempo que se le dedica en sus transmisiones, Andrés Manuel López Obrador se convirtió en una estrella más del *Canal de las Estrellas*.

La historia comenzó el 3 de marzo de 2004, cuando en el noticiario *El Mañanero* de Brozo se difundió un video en el que aparece René Bejarano, hombre de las confianzas de Andrés Manuel López Obrador, recibiendo dinero en la oficina de Carlos Ahumada. Y tuvo su momento estelar a raíz de la marcha del 27 de junio contra la inseguridad pública.

Efectivamente, la protesta del 27 de junio de ese año evidenció la enorme capacidad de convocatoria que los medios de comunicación electrónica poseen en México cuando abandonan una causa justa. Nunca en la historia reciente habían promovido con tanto interés una jornada como ésta. Radio y televisión dedicaron horas y horas de transmisión a informar sobre la inseguridad pública y a hacer propaganda a la marcha. Multitud de promocionales fueron divulgados en horario estelar en pantalla chica y cientos de anuncios radiofónicos inundaron la frecuencia del cuadrante. La *mediocracia* tuvo un éxito indiscutible en la convocatoria a “Rescatar a México”. En escasas tres semanas puso en las

calles de la ciudad de México a decenas de miles de personas. Más que la fuerza de organizaciones de ultraderecha, el éxito de la convocatoria fue de los medios de comunicación electrónica. Probablemente sólo en las visitas del Papa se han invertido tantos recursos como los dispuestos para esta convocatoria.

Acostumbrados a ocultar su verdadera identidad y a hacer política a través de organismos de fachada, educados en la usurpación de la voluntad popular (sea la de los padres de familia o la de las mujeres), los promotores del “rescate de México” escondieron su filiación institucional firmando su llamado en nombre de la sociedad civil.

Uno de los banderazos de salida de esta protesta de las élites provino de Lorenzo Sertvije. En entrevista con *Reforma* (10 de junio de 2004) para promover la marcha del 27, diagnosticó que México “vive en anarquía”. El empresario, uno de los baluartes del pensamiento conservador, ejerce gran autoridad entre los sectores acomodados del país en cuestiones de moral pública y buenas costumbres.

Como no queriendo la cosa, quizá para eslabonar una demanda mínima a un programa de acción más general, José Luis Barraza, presidente electo del Consejo Coordinador Empresarial, señaló que su organismo acudirá a la movilización por el “rescate de México”, al tiempo que se manifestó en contra de “la droga del populismo” como política de Estado. Criticó, en un foro regional de la Convención Nacional de Contribuyentes, efectuado el 15 de junio, a “quienes hacen del cumplimiento de la ley un capricho que se atiende cuando conviene, erigiéndose en jueces de la misma y de sus instituciones por razones partidistas, políticas o personales que no abonan a favor de la transición, sino que socavan la confianza”. No hay que tener vocación de escritor de fábulas para identificar a quién se refiere el líder patronal sin mencionarlo por su nombre. ¿Qué otro personaje, si no el jefe de gobierno de la ciudad de México ha sido acusado de populismo y de no cumplir con la ley?

Esta conversión de un consorcio mediático en actor estelar de la moderna tragicomedia política nacional va, sin embargo, más allá de estos loables propósitos. Lo que verdaderamente está en juego no es la moralización de la vida política del país o la alerta ante el avance de la delincuencia sino la pretensión de ser un factor decisivo en la definición de los resultados de las elecciones de 2006.

La *teleguerra* sucia no es un hecho aislado más, sino un punto de inflexión en las relaciones entre política y medios de comunicación electrónicos en México. En los videoescándalos se resumen, además, tendencias desarrolladas durante los últimos años en la televisión comercial en las que se practica una sistemática intrusión en la intimidad y se convierte lo privado en terreno de lo público. Hasta hace poco tiempo la industria del entretenimiento se nutría de

la realidad. Hoy, por obra y gracia de la televisión, la realidad imita al negocio del esparcimiento.

La política institucional se hace en estas épocas con los recursos y la visión de series como *Big Brother* y los *talk shows*. Convertidos en rehenes de su relación con los medios electrónicos, los políticos tienen ahora un peligro adicional acechándolos. A partir de este momento, el *Big Brother* espía y graba en todos los rincones de la vida pública sin que haya alguien que advierta que deben sonreír para la foto.

La *teleguerra* sucia evidenció el enorme poderío mediático y cultural de las televisoras en México. Una fuerza que quiere presentarse en sociedad como la reserva moral de la nación. Un poder al que partidos y políticos rinden regularmente pleitesía o, cuando menos, al que endosan una parte sustantiva de los recursos públicos que les son asignados para las campañas electorales. En el aire queda una advertencia para el conjunto de la clase política: las televisoras y grandes cadenas de radio son un actor central en la definición de la agenda nacional, ya no sólo porque las campañas electorales se definen en sus espacios, ni porque pueden hacer y deshacer reputaciones, sino debido a que poseen una capacidad de convocatoria popular propia.

El colapso

La marcha del 27 de junio mostró, también, el enorme desconcierto y malestar que existe con las élites del poder. La clase política mexicana está a punto de agotar ya sus últimas reservas de credibilidad. El sistema de partidos se colapsó. Las instituciones de organización y vigilancia electoral mostraron su incapacidad para cumplir adecuadamente sus responsabilidades.

México entró de lleno en la misma senda por la que han transitado Argentina, Brasil, Venezuela, Ecuador y Bolivia. La *teleguerra* sucia ha hecho crecer la tendencia mostrada durante las elecciones federales de 2002: existe una creciente y profunda desconfianza de amplios sectores de la ciudadanía con los mecanismos de representación y mediación política institucional.

Esta mezcla de malestar, incredulidad e indignación de la población hacia los políticos tradicionales no se concentra en un partido, un funcionario o un representante en especial sino que involucra a la mayoría de ellos. Muy pocos se escapan. Los escándalos han tocado a todos.

El financiamiento irregular de la campaña presidencial de Vicente Fox, los escándalos de su administración y su incapacidad para conducir la nación echaron a pique el mito de la eficacia y calidad empresarial. La pretensión de Marta Sahagún de permanecer seis años más en Los Pinos, el manejo con criterios muy poco filantrópicos de los fondos recaudados por “Vamos México”, la triangulación

de las aportaciones de la Lotería Nacional al fideicomiso “Transforma México” y la utilización de recursos estatales en actividades privadas han escandalizado a la opinión pública, crispado a la clase política y dañado la investidura presidencial.

El claro conflicto de intereses del senador Diego Fernández de Cevallos al litigar en contra de la Federación y a favor de intereses privados, mientras se desempeña como representante popular, su cuantiosa e inexplicable fortuna, esfumaron, de un plumazo, la tradición de honorabilidad panista acumulada en años de oposición leal.

La imagen televisada del dirigente del Partido Verde Ecologista Mexicano, conocido como el “Niño Verde”, entusiasmado por la posibilidad de recibir dos millones de dólares a cambio de gestionar la aprobación de algunas obras en Cancún y la documentación que prueba sus dispendios, enterraron, la ya de por sí mermada credibilidad de un proyecto partidario “ecologista” promovido por una nueva generación, formalmente distinta de los políticos tradicionales.

La multitud de testimonios que dan cuenta de cómo importantes dirigentes del PRD recibieron dinero del empresario Carlos Ahumada para financiar campañas electorales a cambio de otorgarles a éste obras y posiciones clave en la administración pública, dinamitó la credibilidad del partido y su pretensión de presentarse como una referencia ética en la política nacional.

La incapacidad de IFE para controlar el financiamiento irregular de las campañas electorales y los partidos políticos, su fracaso para ir a fondo en el caso de los *Amigos de Fox* ejemplificado por la negativa de la Fiscalía Especial para Delitos Electorales de la PGR para ejercer acción penal contra el Presidente y sus donantes, muestran como el proceso electoral, bajo las actuales reglas, sigue siendo inequitativo e injusto. El papel desempeñado por el PRI en la designación de los nuevos consejeros del Instituto hizo evidente los mitos de la absoluta ciudadanización del organismo electoral.

Hace más de dos años el EZLN anunció el colapso de esta clase política. Para escándalo de algunos, no distinguió en su análisis, partidos ni personalidades. Su diagnóstico ha demostrado ser tan certero como su actitud. Cualquier regeneración de política en este país tendrá que provenir no de los sótanos de San Lázaro, el Palacio de Covián o Los Pinos, sino de abajo.

Desobedientes

No fue un berrinche personal. Cuando Luis Enrique Flores Fuentes rompió el diploma que le entregó Martha Sahagún el 29 de mayo de 2002, estaba expresando la irritación de muchos jóvenes ante la imagen de México como un país de novela rosa transmitida desde el poder. Un país en el que el influyentismo se ha vestido de filantropía.

El caso del estudiante Flores Fuentes no es un hecho aislado. El malestar social, la indignación contra gobierno y la desobediencia civil crecen en la misma proporción en que se frustran las esperanzas del cambio. Durante estos últimos cinco años se ha producido una tenaz movilización social. Centenares de protestas de indígenas, campesinos, trabajadores, pobres urbanos, mujeres, defensores de derechos humanos, ecologistas han surgido en todo el país enarbolando todo tipo de demandas. Muchas se han radicalizado. Con frecuencia han desbordado los canales institucionales para atenderlas. Algunas, incluso, han decidido darse sus propias formas de gobierno. El pobrerrío anda alborotado y las élites cada vez más temerosas con ese alboroto.

En un episodio lleno de simbolismo (la imagen del poder es el poder de la imagen), maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) arrancaron barrotes de la Secretaría de Gobernación, rompieron las puertas del Senado, tomaron las instalaciones de la SEP e irrumpieron en las oficinas del ISSSTE. A su manera, siguieron el ejemplo de los campesinos del municipio de Atenco, que se movilizaron machete en mano para evitar la expropiación de sus terrenos, son un indicador de este descontento.

En las normales rurales de Amilcingo y Atequiza los estudiantes secuestraron y quemaron vehículos como medida de presión para que sus demandas fueran atendidas. Las normales rurales son en un medio sin futuro, como es el campo mexicano, la última oportunidad de ascenso social para los hijos de labriegos. Su radicalidad ha sido una constante durante décadas, pero se ha incrementado en los últimos años.

En Aguascalientes y otros estados, donde existe riego agrícola por bombeo, se han producido fuertes movilizaciones de productores rurales en contra del incremento a las tarifas eléctricas, acompañadas de amenazas de toma de edificios públicos. En Chihuahua el contrabando de diesel desde Estados Unidos se ha hecho práctica común de los agricultores, así como las protestas en contra del Tratado de Libre Comercio. En toda la frontera es patente la inconformidad de los hombres del campo por la oferta presidencial de entregar agua a Estados Unidos.

Todas estas expresiones de malestar no son simples protestas sino acciones de desobediencia civil. Son acciones voluntarias y públicas que violan leyes, normas y decretos porque son considerados inmorales, ilegítimos o injustos. Son una transgresión que persigue un bien para la colectividad, un acto ejemplar de quebrantamiento público de la norma por razones de conciencia. Se dirigen a la ciudadanía y buscan orientar a la opinión pública. Han sido incubadas tanto por un enorme rezago en la atención a las demandas sociales (que proviene de tiempos del PRI) como por la incapacidad del nuevo gobierno para gene-

rar canales de solución a los problemas que enarbolan. La administración Fox y muchos de los gobernadores panistas carecen de una visión adecuada de la problemática social, no cuentan con operadores políticos capaces ni con mecanismos institucionales para resolver los reclamos populares. Cuando las organizaciones populares protestan se deja pasar un tiempo precioso antes de negociar con ellos.

Estas acciones de desobediencia civil han crispado la vida política nacional. Por lo general, los medios electrónicos las han silenciado. Y, por supuesto, como lo muestran sus barras informativas han asustado al México de arriba.

La mediocracia y el 2006

Aunque a final de cuentas la intentona por quitar sus derechos políticos a Andrés Manuel López Obrador no prosperó, la *mediocracia* salió de la *teleguerra* sucia con un enorme capital político y la convicción de su enorme influencia en la construcción de un sentido común alrededor del tema de la inseguridad ciudadana y la política.

Los medios lograron que la nota roja se convirtiera en asunto informativo central, en demérito de otros graves problemas nacionales. La *mediocracia* encontró en la divulgación amplificadora de la violencia un instrumento magnífico para incrementar su *rating*, además, de ser una formidable herramienta para presionar al poder público.

Durante dos décadas el concepto de sociedad civil sirvió para que se identificara a sí mismo un conjunto de actores no partidarios y no empresariales, enfrentados al Estado autoritario, la desintegración del tejido social por una modernización salvaje y la falta de derechos políticos y sociales.

En un país con partidos políticos débiles, medios de comunicación electrónicos estrechamente ligados al poder, y sindicatos verticales y antidemocráticos, surgió a mediados de los ochenta un nuevo asociacionismo, impulsado por la izquierda, producto del encuentro de sectores de la intelectualidad crítica con el descontento social, que elaboró una agenda con dos ejes centrales: la construcción de una ciudadanía ampliada, y una nueva forma de inserción en el espacio público basada en la más amplia participación ciudadana en las instituciones gubernamentales.

Hoy, después de la *teleguerra* sucia el concepto de sociedad civil ha sido ocupado, con éxito, por un conjunto de organizaciones de corte empresarial y confesional. El fallido intento de conquistar ese territorio conceptual desde el mundo de la filantropía de “Vamos México”, con sus escándalos y pleitos, parece haber quedado en el pasado. La derecha y la *mediocracia* obtuvieron un inobjetable triunfo cultural.

Concluida la batalla han retomado la ofensiva del 2006 en otros frentes. Las campañas electorales engrosarán –lo hacen ya– las finanzas de las empresas. Pero, además de la hora del negocio, se mantiene viva la hora de la política. Los monopolios apuestan a que los grandes debates serán televisados o no. Iniciativas como *La otra campaña* zapatista serán menospreciadas o difundidas a cuenta gotas. Navegando en las aguas de la fugacidad, zozobra y el desorden políticos, la *mediocracia* quiere ahora convertirse en la gran electora.

El triángulo y las campañas

Adolfo Gilly

PRIMERO, que sobre la explotación del trabajo asalariado, la historia de este país –y de muchos otros de esa América Latina de la cual ahora nos quieren separar– está fundada desde la Conquista sobre el desprecio y el despojo. Desprecio, porque desde la invasión europea del siglo XVI el racismo es la matriz originaria sobre la cual se sustenta la dominación en estas tierras. Despojo, porque desde aquella invasión, pero sobre todo desde la institución de la República, la apropiación del patrimonio común de los mexicanos –tierras, aguas, bosques, mares, atmósfera, subsuelo– por sucesivos propietarios privados cada vez más voraces –ahora el despojo va sobre la biodiversidad, el agua potable, los códigos genéticos– es la constante invariable de la historia mexicana.

Sobre el despojo y el desprecio se sustenta la forma específica de la explotación de los trabajadores asalariados, apenas atenuada por leyes hoy derogadas o ignoradas y por resistencias visibles o invisibles de esos trabajadores. Esa explotación incluye a los que se ven obligados a emigrar a Estados Unidos para ser explotados allá como los menos protegidos de los asalariados.

Despojo, desprecio y explotación son el triángulo maldito sobre el cual se sustenta la presente dominación del capital en la República Mexicana –y también en otras latitudes de nuestro continente latinoamericano.

Es ese triángulo común a todos nosotros, y el idioma y la cultura y los modos y la historia, lo que nos une y termina siempre por impedir que se cierre el cerco sobre Cuba o sobre Venezuela o sobre Bolivia o sobre Ecuador o sobre cualquier otro país del continente –incluido este México al cual quieren anexas al norte con el TLC, las “maniobras perimetrales” con el ejército de Estados Unidos o la exigencia de visa a brasileños y ecuatorianos porque Washington ha resuelto correr su “frontera de seguridad” hasta el Suchiate.

Contra ese triángulo, y sobre todo contra el despojo y el desprecio, se alzaron los ejércitos campesinos de la Revolución mexicana, más antes que todo el ejército indígena de la revolución del sur. Un fruto postergado pero maduro de

esas insurrecciones –la del norte y la del sur– fue la reforma agraria de los años treinta, cuyos principios y cuya matriz legal estaban inscritos en el artículo 27 de la Constitución. Ese artículo era una respuesta jurídica a los despojos paralelos del suelo y del subsuelo, es decir, del territorio como patrimonio común de mexicanos y mexicanas. La reforma agraria cardenista y la expropiación petrolera fueron la respuesta práctica.

En el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, el Congreso de la Unión y la Presidencia de la República destruyeron el artículo 27 y desarticularon los artículos 3o. (educación) y 123 (derechos sociales). Esta contrarreforma, conocida por todos, abrió las puertas a una nueva y arrasadora ola de despojo del patrimonio común y de constitución de grandes fortunas cuyos nombres son de todos conocidos. El TLC y las privatizaciones fueron sus otras manifestaciones prácticas. Es por esto una hipocresía y un engaño inventar en Salinas un espantajo para descargar las responsabilidades de todos ellos. La demonización de Salinas de Gortari es una estafa política usufructuada por buena parte de quienes fueron sus cómplices y beneficiarios.

La rebelión cívica de 1988, donde confluyeron los movimientos sociales y ciudadanos surgidos del terremoto de 1985, de las universidades, de las empresas públicas, de los ejidos y de tantos otros sectores de un país entonces en movimiento, fue un enorme intento de contener el aluvión neoliberal ya iniciado con el presidente De la Madrid y sus colaboradores. El aluvión, sin embargo, logró derribar el improvisado dique y, como *Katrina* sobre Nueva Orleans, se abatió sobre el territorio mexicano y lo cubrió con privatizaciones, flexibilizaciones, desregulaciones, aperturas externas, impuestos al consumo y otros despojos de todo tipo, más una negra espuma de crímenes políticos que culminaron en los días de la insurrección indígena de enero de 1994.

Ahora, un destacado conjunto de políticos que fueron parte de ese verdadero asalto desde el poder (1988-1994, y su secuela zedillista) contra el patrimonio y los derechos de los mexicanos, se ha apoderado por derecho de conquista del PRD, la organización política que se formó en 1989 para luchar precisamente contra los asaltantes cuyos jefes visibles, pero no únicos, eran Carlos Salinas de Gortari y su “grupo compacto”.

Leonel Cota, Manuel Camacho, Marcelo Ebrard, Ricardo Monreal, Federico Arreola, Socorro Díaz, a los cuales hay que agregar la nueva joya de la corona: Arturo Núñez, fueron partícipes desde el poder, en el sexenio de Salinas, de la destrucción del artículo 27 y de la firma del TLC, entre muchas otras decisiones menores pero similares, y ahora son los pilares de la campaña presidencial del PRD y de su candidato Andrés Manuel López Obrador.

Es una torpe falacia decir que también la campaña de 1988 salió de una ruptura del PRI, porque esa ruptura tuvo lugar precisamente contra la políti-

ca neoliberal que esos destacados colaboradores de Salinas llevaron adelante. Aquella fue una ruptura cuya primera manifestación programática, antineoliberal, se dio a conocer en octubre de 1987 en Morelia, Michoacán. Esto no es ninguna ruptura, sino un éxodo de los desplazados del neoliberalismo de Salinas y Zedillo, pero que no han reconocido ninguna de sus responsabilidades en las medidas funestas de ese neoliberalismo. Ruptura es una cosa, éxodo de descontentos e inconformes es otra. Asimilar ambos es una falacia tan evidente que me resisto a creer que quienes la repiten no se den cuenta de lo que están diciendo.

Esta ocupación tiene lugar desde las cúpulas. Hace ya tiempo que el PRD adoptó el método de dar asilo como candidatos a gobernador a políticos perdedores en las disputas internas del PRI o a figuras empresariales. Entre los candidatos perredistas estuvieron, en Hidalgo, José Guadarrama, el de la larga fama (PRI); en Tlaxcala, Maricarmen Ramírez (PRI); en Oaxaca, Gabino Cué (PRI-Convergencia); en Tabasco, Raúl Ojeda (PRI); en Nayarit, Miguel Ángel Navarro (PRI); en el Estado de México, Yeidkol Polevnsky (empresaria); en Guerrero, Zeferino Torreblanca (empresario), y en Yucatán, mejor todavía, el actual gobernador Patricio Patrón, del PAN y de la oligarquía yucateca. Esta lista puede ampliarse.

No me interesa analizar aquí las acciones o la honestidad personal de cada uno de esos políticos. No se trata de eso. Se trata de que, cuando ellos promovieron o apoyaron desde el PRI o el PAN las contrarreformas neoliberales del salinismo actuaron, supongo, conforme a su conciencia y sus convicciones. Ahora bien, ellos ocupan hoy las cúpulas del PRD sin que esas convicciones, que se sepa, hayan cambiado o hayan sido declaradas por ellos equivocadas. Del artículo 27, de la firma del TLC, del aumento del IVA, de todo eso, precisamente, se trata.

El equipo dirigente de la precampaña presidencial del PRD, este nuevo “grupo compacto” reunido en torno a Andrés Manuel López Obrador, sumado a los contenidos de sus 50 puntos programáticos, a sus silencios o evasivas sobre Estados Unidos, el TLC, Cuba, América Latina y otros temas cruciales para el presente y el futuro inmediato de México, y al conjunto de sus enunciados discursivos, me lleva a afirmar una vez más que su propuesta es una versión desarrollista y asistencial de estabilización de las reformas neoliberales ya realizadas. Es una propuesta para ser aplicada bajo la forma de políticas públicas, con exclusión de toda otra forma de organización independiente y autónoma desde la sociedad. No otra cosa dice, desde un principio, su antiguo lema: “Para bien de todos, primero los pobres.” No es de extrañar que en el desastre social y la desmovilización en que hoy vivimos este lema encienda muchas esperanzas.

Es preciso subrayar que Andrés Manuel López Obrador no está engañando a nadie. No se trata pues de denostarlo o descalificarlo: se trata de tomarlo muy en serio. Está diciendo con claridad qué se propone hacer y con quiénes piensa hacerlo. No hay engaño, por ejemplo, en su visita en cada ciudad al obispo o al arzobispo del lugar.

Pero de lo que hoy se trata, precisamente, es de organizarse desde la sociedad, como en todos los tiempos de marea ascendente en las movilizaciones, desde los explotados, los despojados, los humillados y los oprimidos, en forma independiente y autónoma de los poderes estatales, sin importar por quién voten o no voten el día de la elección, para imponer a esos poderes y a los dueños del capital y de la tierra las propias demandas, las propias conquistas, los propios derechos, la soberanía y la independencia amenazadas de esta nación.

El PRD, en cuyo llamamiento fundador de 1988 estaban en primer lugar esos objetivos, hace mucho que los mandó al cajón de los recuerdos. No sólo ha sido ocupado y conquistado por quienes fueron sus enemigos. Sumisos, sus dirigentes se han plegado a los conquistadores y a quienes se aliaron con ellos, y hasta los justifican y los adulan. Dirigentes y nomenclatura del PRD, todo el aparato político pagado por el presupuesto federal, se suman en tropel al programa desarrollista de estabilización del orden neoliberal.

El PRD responde hoy, punto por punto, a la descripción de los partidos de la república de Weimar en la Alemania de la primera posguerra hecha por Max Weber en su célebre ensayo *La política como vocación*, en el lejano año de 1919: “Se enfrentan entre sí partidos totalmente desprovistos de convicciones, puras organizaciones de cazadores de cargos, cuyos mutables programas son redactados para cada elección sin tener en cuenta otra cosa que la posibilidad de conquistar votos.”

El PRD, ocupado, conquistado y humillado por sus nuevos jefes importados, ha cerrado su ciclo. Quien de entre sus dirigentes históricos, altos, medianos o bajos, acepte conciliar o negociar con este estado de cosas, terminará inevitablemente subordinado a los conquistadores, a su jefe máximo y a sus objetivos y programa político.

Que politólogos, escritores, analistas, periodistas, intelectuales, artistas, gente culta, leída y respetable por sus obras, gente que desde hace mucho rodeó y apoyó (incluso con legítimos argumentos críticos) al área política del PRD, que esas personas, digo, que no buscan cargos ni prebendas, no se den cuenta o no quieran ver este estado de las cosas, podría ser un motivo de asombro, si no lo fuera de desencanto.

Ni modo. Lo último que se pierde, dicen, es la esperanza, cualquier esperanza, incluso una modesta esperanza de dos centavos como las que en estos tiempos se acostumbran.

¿Y entonces qué con los otros, con esa vastísima área popular que rodeó desde un principio al PRD, al que ayer se decía cardenista y a éste de hoy que se declara desarrollista? Esa área se ha volcado en gran parte hacia Andrés Manuel López Obrador, acude a sus actos, espera de él, le da su confianza. Esa amplia área popular que hizo al PRD de abajo (porque sí hay un PRD de abajo, que no aspira a puestos ni a huesos sino, como alguna vez dijeron en sus cartas, nomás a “vivir con decoro, justicia y dignidad”), no puede ser descalificada o denostada por lo que hacen los funcionarios del PRD o los conquistadores desembarcados de las naves quemadas del salinismo.

Esa área popular, trabajadora, indígena, explotada, despojada, discriminada, tiene una inmensa experiencia de vida y de resistencia, sin cuya experiencia, vivida y heredada por sucesivas generaciones, ningún movimiento de reivindicación y lucha puede organizarse en esta sociedad mexicana.

Quien se proponga organizar y salga a los caminos, a los pueblos, a las colonias y los barrios y los lugares de trabajo, tendrá que contar con ellos y con ese su tesoro máspreciado, la experiencia, ese patrimonio inmaterial del cual nadie los puede despojar. Ellos saben lo que saben, y sin lo que ellos han vivido y sabido, también en su paso por el área PRD, seguirá en buena parte faltando lo que falta.

Este es uno de los grandes desafíos que tiene por delante, no la campaña electoral, que pasará con sus spots y con sus trampas, sino *la otra campaña*, la que se propone organizar en los hechos y en la vida contra el triángulo infernal del despojo, el desprecio y la explotación, si es que esa campaña diferente y duradera está destinada a prender en el pueblo, y no sólo en la izquierda, y a durar en sus vidas y en sus empeños.

[Septiembre de 2005]

¿Qué queda de la izquierda mexicana?

Enrique Semo

DENTRO DE pocos meses los mexicanos irán a las urnas para elegir nuevo Presidente y renovar las dos cámaras del Poder Legislativo. Este evento eclipsa o subordina cualquier otra iniciativa que en ese tiempo puede tomarse. Concentrando la atención de la mayoría de los ciudadanos, moviliza a todos los medios así como a los miles de políticos activos en la esfera parlamentaria y especialmente en los partidos.

Para la izquierda, la situación se presenta llena de paradojas. Grandes posibilidades y enormes obstáculos se entrelazan haciendo muy difícil decidir sobre un curso de acción coherente. El candidato del PRD es Andrés Manuel López Obrador, quien en todas las encuestas sobre preferencias de los electores aparece en primer lugar con una ventaja sustancial respecto a los otros candidatos. Su popularidad descansa en los logros obtenidos en su gestión como jefe de gobierno en el Distrito Federal y la imagen que ha logrado comunicar como hombre honesto, austero, dedicado a su trabajo y amigo de los pobres hacia quienes orientó varios de los programas preferenciales de su gobierno. Al mismo tiempo, el EZLN publicó, el 29 de junio, la Sexta Declaración de la Selva Lacandona en la cual ataca no sólo a los partidos de la derecha y el centro, sino, en forma especialmente virulenta, al PRD y a AMLO. El EZLN ha descalificado las campañas de todos los partidos y llamado a organizar la “Otra Campaña” con la participación de las organizaciones sociales para elaborar un programa y un frente de izquierda construido desde abajo.

Esto ha sembrado confusión en la filas de la izquierda y ante el ciudadano se perfilan tres vías de acción. La primera rechaza la candidatura de AMLO sosteniendo que no es en realidad un candidato de izquierda y que hay señales de que está dispuesto a negociar con los grandes grupos de interés. La segunda rechaza los ataques del subcomandante y los considera altamente dañinos en la primera ocasión que tienen las fuerzas de centro-izquierda de llevar a la presidencia a un hombre afín a sus posiciones. La tercera rechaza la idea del abstencionismo, llama a votar por el candidato del PRD y al mismo tiempo mantiene

su simpatía por los zapatistas. Sostiene que hay que apoyar tanto a Marcos como a AMLO y aprovechar las dos fuerzas para inclinar el debate electoral hacia la izquierda y elegir a un Presidente más cercano a las posiciones de izquierda.

Para comprender la situación deben tomarse en cuenta varios rasgos fundamentales que distinguen a la izquierda mexicana:

1. Casi al mismo tiempo que se derrumbaba el “socialismo realmente existente” y los partidos comunistas en muchas partes del mundo, la izquierda mexicana se transfiguraba. La nueva izquierda tiene dos fechas de nacimiento porque en ella coexisten dos grandes corrientes estratégicas: la izquierda parlamentaria y la izquierda social. La primera fecha, 1988, marca una insurrección electoral que unió alrededor de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, no sólo a la mayoría de los ciudadanos, sino también a muchos partidos y movimientos sociales de la vieja izquierda. El principal heredero de ese movimiento fue el PRD.

Seis años más tarde, el 1o. de enero de 1994, irrumpía violentamente en la palestra nacional el EZLN encabezado por el subcomandante Marcos. En la profundidad de la selva de Chiapas, con el trasfondo de viejos conflictos agrarios, reivindicaciones indígenas no resueltas y un sistema de dominio totalitario y brutal de una oligarquía local racista, apareció el neozapatismo que con el tiempo se ha constituido en el centro vital de una izquierda que se niega a limitarse a la actividad electoral.

Ambas son expresión de la indudable capacidad de renovación de la izquierda mexicana. Antes de 1989, no existía un partido de la izquierda con el electorado y la presencia del PRD. Por otra parte, el EZLN que tiene poco que ver con la guerrilla tradicional de la época anterior, ha adquirido una presencia internacional y una influencia social jamás conocidos por la vieja izquierda.

2. La izquierda parlamentaria y la izquierda social son irreductibles a un común denominador. Ninguno de los dos puede acercarse demasiado al otro sin perder la esencia de su misión histórica, por eso las diferencias políticas y el debate son y serán inevitables. Sus diferencias se ubican en la forma en que conciben el cambio social, sus objetivos estratégicos y sus formas de lucha. Por otra parte, comparten ideales, lealtades con grupos sociales, elementos culturales y adversarios comunes de derecha. En un país como México, cumplen funciones diferentes en un proceso único. Sus éxitos y fracasos no se pueden medir con los mismos criterios y sin embargo –como lo veremos más adelante– en muchos sentidos son complementarios.

La corriente parlamentaria representada por el PRD y otros partidos menores, sostiene que para impulsar cambios favorables a las mayorías trabajadoras y los pobres, hay que luchar en las urnas, el Congreso y en los gobiernos locales y el federal. Según ellos, este es el camino más realista y más eficiente. Es el cami-

no de las reformas y el desgaste del contendiente, la defensa de las demandas populares dentro del marco del sistema y de la relación de fuerzas real a nivel nacional e internacional.

La corriente social, en cambio, mucho más heterogénea, se aglutina alrededor de la necesidad de elevar el nivel de conciencia del pueblo sobre los verdaderos problemas del país, impulsar la acción desde abajo, crear espacios de autogestión y de organización al margen de los grandes partidos parlamentarios. En ella militan grupos anticapitalistas y alternistas, partidos doctrinarios que apenas han cambiado sus posiciones anteriores a 1989, movimientos aglutinados alrededor de demandas específicas o sectores de la sociedad como los sindicatos y las organizaciones campesinas progresistas. También se cuentan las feministas y los indígenas y los defensores del medio ambiente. Común denominador de todos ellos es que las elecciones y el ejercicio del gobierno no son objetivos principales y que por lo tanto no están organizados para cumplir con ellos.

3. Nadie en su sano juicio espera un frente común entre las dos izquierdas, pero existen muchos temas en los cuales pueden darse coincidencias entre legisladores y militantes extraparlamentarios como son el problema indígena, la defensa de los campesinos, la oposición a la privatización de PEMEX y la electricidad y las medidas ligadas con una distribución más equitativa de los ingresos. A lo largo de 11 años ha habido entre ellas, situaciones de confrontación y breves momentos de colaboración. La pregunta es, ¿cuál de ellos va a predominar en esta ocasión? Cuando el gobierno de Salinas inició la guerra contra el EZLN en 1994, al PRD se sumó a los movimientos de protesta. En los días en que se trataba de desaforar a AMLO, los neozapatistas le manifestaron su solidaridad. Ha habido también momentos ambiguos, como el voto dividido del PRD sobre los Acuerdos de San Andrés en las dos cámaras. Esta es una pregunta crucial para las elecciones que vienen, no tanto por el voto que el EZLN conoca, sino por la relación de fuerzas que se establecerá durante y después de la campaña electoral. Desgraciadamente, el subcomandante ha iniciado su reaparición con una campaña muy agresiva contra AMLO y el PRD, mientras que AMLO se niega a debatir, afirmando que ellos no son sus adversarios y toma algunas medidas para incluir las demandas indígenas en su programa, en primer plano, sin nombrar al EZLN.

4. Yo soy partidario decidido de una convergencia entre las dos izquierdas para las elecciones de 2006. Una convergencia que permita a cada quien mantener su visión, sus particularidades y sus formas de lucha particulares y creo que no soy el único en ese sentido. En los encuentros que organizó el EZLN en la selva para convocar a las organizaciones de izquierda para la preparación de la "Otra Campaña" muchos grupos se declararon en el mismo sentido. Las 21 organizaciones que forman el Frente Socialista se declararon contra el abstencionismo y

reconocieron que entre ellos hay una discusión si debían apoyar en forma crítica a AMLO o lanzar un candidato propio. Muchos otros asistentes que apoyaban la iniciativa de los neozapatistas hicieron una defensa de AMLO y sostuvieron que había que participar en ambas luchas. Lo mismo sucedió en la prensa y en los programas de radio en los cuales hubo cartas y llamados a la unidad, respetando las particularidades de cada fuerza. El grito de muchos es: ¡con Marcos y con AMLO! Daña la candidatura del ex jefe de gobierno del Distrito Federal, pero no beneficia la construcción de alianzas para la “Otra Campaña”.

Después del fracaso estrepitoso de la derecha representada por el PAN y Vicente Fox en el gobierno, millones de ciudadanos se ven confrontados con la decisión de votar por el PRI con Madrazo o Montiel como candidato a la presidencia o por AMLO, apoyado por redes de ciudadanos que se han multiplicado a lo ancho y largo del país y una coalición de partidos y sindicatos de tendencias progresistas entre los cuales se cuentan el PRT, Convergencia, el UNETE y otras organizaciones. En las condiciones actuales, abstenerse es llevar agua al molino del PRI que posee un aparato muy superior a cualquiera de los otros partidos y redes clientelares que le han dado la victoria en las elecciones para la elección de gobernadores en la mayoría de los estados del país. El apoyo no tiene porque tomar la forma de un cheque en blanco, ya que lo que AMLO pueda o no hacer desde la presidencia depende en buena parte de la presencia activa de una izquierda con un programa definido y capacidad de convocatoria, pero el 2 de julio, cada voto cuenta.

5. En sus 16 años de existencia, el PRD es un fenómeno difícil de definir. Es el primer partido electoral de masas en el cual hay una fuerte presencia de la izquierda. Sin embargo, esta presencia coincide con prácticas tradicionales del PRI; una militancia popular comparte el escenario con una élite política sólo interesada en la conquista de puestos de elección o de gobierno. El debate de ideas ha desaparecido casi completamente, mientras los pleitos de facciones orientadas por el interés se impone virulentamente a cada paso. Sus gobiernos locales, a pesar de que frecuentemente repiten, han tenido un desempeño que no se distingue por un proyecto o un estilo común. Dedicado casi exclusivamente a las actividades electorales, el partido no se distingue por su solidaridad con los movimientos sociales aun cuando frecuentemente las demandas de estos son apoyados por los congresistas perredistas. Ocupando el lugar de la izquierda en el espectro parlamentario actual, el PRD está muy lejos de ser un partido de izquierda moderno, coherente y visionario. Hay en él fuerzas que llaman a una reforma, pero sus probabilidades antes de las elecciones, son prácticamente nulas.

6. Andrés Manuel López Obrador es un político con una trayectoria muy particular. En su juventud, encabezó en su natal Tabasco, movimientos sociales

importantes, al mismo tiempo que participaba en el PRI. Dirigió un movimiento por la creación de una universidad popular. En Tabasco le disputó la gubernatura a Roberto Madrazo y fue objeto de un fraude contra el cual protestó organizando una marcha a la ciudad de México y una revelación muy bien documentada del enorme e ilegal gasto de campaña realizado por su oponente. Después fue presidente del PRD y, durante su gestión, este partido aumentó considerablemente sus votos. Como jefe de gobierno del Distrito Federal se ha distinguido por los siguientes pasos: una política de austeridad que liberó recursos que fueron invertidos principalmente en programas sociales. La apertura de 16 preparatorias en las zonas más pobres de la ciudad y una universidad pública (la primera en 24 años) en el Distrito Federal en donde la demanda de educación superior ha aumentado considerablemente. La realización de grandes trabajos públicos que habían cesado en el último cuarto de siglo, con la excusa de la crisis económica. Entre ellos se cuentan la restauración de la avenida Reforma, una de las principales arterias de la ciudad, la restauración del Centro Histórico, el segundo piso del periférico, una política cultural que permitió llevar las artes a los sectores más desfavorecidos de la población y servicios de medicinas gratuitas para los sectores más pobres. Sometió su permanencia en el gobierno a un plebiscito cada dos años y fortaleció los comités vecinales electos, con presupuestos sometidos a las decisiones de sus asambleas. Todas estas medidas existían en su programa inicial, lo que le permitió gobernar con el lema: “En el Distrito Federal las promesas se cumplen.” Para su campaña electoral ha escrito un libro que se llama *Un proyecto alternativo de nación* y un documento con 50 compromisos, que tienen el aval de su desempeño en el Distrito Federal, como hombre que cumple sus compromisos. No es un programa de reformas radicales, pero contiene pronunciamientos que llevan a un distanciamiento con muchos de los contenidos de la política neoliberal aplicada en México, desde la victoria del neoliberalismo en 1982.

Alrededor ha comenzado a constituirse un movimiento social de gran envergadura que permite pensar con toda objetividad en su victoria. Las victorias parlamentarias de la izquierda en otros países de América Latina, como Argentina, Brasil y Venezuela, prueban que desde el espacio gubernamental, las posibilidades de cambio son moderadas, pero también que es posible comenzar a construir alternativas al proyecto neoliberal. Estos son los retos para la gente de izquierda en México en vísperas de las elecciones presidenciales.

¿Cuál PRI desea ganar las elecciones?

Carlos Montemayor

EN SU LARGA vida, el PRI ha sido una entidad compleja, con frecuencia analizada o juzgada de manera sumaria. Por principio de cuentas, nunca fue propiamente un partido político, sino el mecanismo de Estado encargado de la distribución del poder político y administrativo en todos los niveles municipales, estatales y federales. Durante muchas décadas abarcó sectores, clases, ideologías, grupos, intereses, poderes regionales y nacionales, no como unidad monolítica, sino como equilibrio de muchas corrientes e intereses. Ese viejo PRI perdió matices y equilibrios durante la gestión sexenal de Miguel de la Madrid, particularmente durante el proceso de la sucesión presidencial de 1988. No exageraríamos al decir que la introducción del neoliberalismo en México cerró al PRI lo tornó monolítico, sordo, intolerante con su diversidad interna; que lo alineó bajo un solo y nuevo interés: la apertura de fronteras y el desmantelamiento del Estado como factor de desarrollo en la economía del país. Ese nuevo PRI fue en verdad el final del PRI. El neoliberalismo “priísta” se propuso, como una de sus tareas esenciales, desmantelar el viejo partido, pues de otra manera le hubiera sido imposible proponerse desmantelar el Estado de economía mixta.

Vicente Fox no ha representado por ello ningún gobierno del cambio, sino la continuidad de las políticas emprendidas por vez primera en el gobierno de Miguel de la Madrid. Vicente Fox encabeza el cuarto gobierno neoliberal, el cuarto gobierno de lo mismo en materia de política económica. Por ello desconciertan los resultados electorales de los últimos tres años, que han significado un avance y una recuperación importante para el PRI en varias regiones del país, al grado de que muchos sectores políticos y de opinión creen posible el triunfo priísta en las próximas elecciones federales de 2006. Es pertinente formular esta pregunta: ¿el PRI que ha venido ganando elecciones es un partido ideológicamente diferente al gobierno de Vicente Fox o es tan sólo otro grupo de poder con una política idéntica?

A los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari y de Ernesto Zedillo les tocó afrontar, es cierto, la alternancia de los partidos en el poder; al primero, en

entidades federativas; al segundo, en la Presidencia de la República. Pero sus gobiernos formaron parte de un nuevo proyecto de orden económico que no dependía solamente de las decisiones personales que ellos o sus equipos pudieran tomar. Este nuevo proyecto era sustancialmente diferente del que había orientado a los gobiernos de México en las décadas anteriores. La nueva orientación se fue incubando en México cuando José López Portillo se desempeñaba como secretario de Hacienda. Ahí se formó alrededor de Miguel de la Madrid el grupo de economistas que durante el sexenio de López Portillo se fortaleció y se propuso sentar las bases de una transformación del país acorde con un esquema neoliberal y globalizador y en contra de la tendencia proteccionista y desarrollista de los gobiernos priístas anteriores. Con el ascenso al poder de Miguel de la Madrid, este grupo tuvo las condiciones para fincar esa política económica en México. Algunos de los integrantes de ese grupo fueron, como todos sabemos, Carlos Salinas de Gortari, Manuel Camacho Solís, Pedro Aspe, Jaime Serra Puche, Guillermo Ortiz, Francisco Gil Díaz, Luis Téllez, José Ángel Gurría, Luis Donald Colosio y Ernesto Zedillo.

Ellos volvieron a emplear una palabra que mucho ha gustado en la historia de México: la modernidad. Modernizar a México significó esta vez emprender el viaje sin retorno hacia el neoliberalismo, viaje que implicaba una idea diferente de país y la conservación de poder por lo menos durante tres o cuatro sexenios (lo cual, en verdad, ya consiguieron). Este proceso complejo exigía una intensa acción política para ajustar cambios constitucionales y de leyes secundarias en la tenencia de la tierra y en la cesión de zonas costeras para privatizaciones de servicios públicos en puertos, petroquímica, comunicaciones, recursos hidráulicos; para reducir el crédito agrícola y modificar sustancialmente la legislación obrera, pues tal modernización requería limitar el ingreso del trabajo, pero no el del capital. El neoliberalismo suponía un quebrantamiento doloroso de 20 o más años; en ese lapso el desempleo y la pobreza llegarían a situaciones alarmantes, pero previsibles.

Por tanto, estuvimos llamando “crisis” al proceso nacional de ajuste que la globalización requería. La desaparición de fuentes de empleo o de la pequeña y mediana empresas eran señales de crisis solamente para los que no entendíamos que el ajuste estaba operando correctamente. Para la banca mundial y para los que en México defendían este modelo económico no eran señales de “crisis”, sino ajustes pasajeros y necesarios que había que dejar atrás en nuestro camino hacia la plena consolidación del modelo. Por ello, cada vez entrábamos no en un cierto año de un gobierno sexenal, sino en un año más de un proceso económico y político que no tenía punto de retorno. Los ex presidentes Salinas de Gortari y Zedillo confiaban en ese modelo, creían que era la única alternativa para el país. Lo mismo siguen pensando, por supuesto, el Fondo Monetario

Internacional, el Banco Mundial y la Secretaría del Tesoro de Estados Unidos. También, ahora, el gobierno de Vicente Fox. Igualmente ahora, por cierto, el PRI que representa Roberto Madrazo.

No era sencillo reconocer hace pocos años la involución que el PRI había tenido que sufrir en aras de su modernización neoliberal. El proceso nacional de ajuste al nuevo modelo tenía que vencer, ante todo, la propia estructura ideológica y corporativa del sistema político mexicano. El PRI se transformó y dejó atrás sus principios ideológicos e históricos al convertir el neoliberalismo en la etapa moderna de la Revolución mexicana, cuando en verdad era su versión opuesta y enfrentada. Hace 30 o 25 años los priístas hubieran impugnado y considerado lesivo para México el proyecto económico que el PRI respaldó ciega y disciplinadamente durante los gobiernos de Salinas de Gortari y de Ernesto Zedillo. Por ello desde entonces la zona conceptual entre el nuevo y viejo PRI se desvaneció. Las embestidas que dañaron y debilitaron al PRI en el año 2000 provinieron directamente de los tres últimos presidentes priístas, que se propusieron establecer un modelo económico diametralmente opuesto a la trayectoria histórica del priísmo. En este sentido, el descalabro del PRI comenzó por una fuerza proveniente de su interior, pero ideológicamente ajena a él. Los priístas apostaron, por disciplina política y para facilitar las tareas de gobierno, contra sí mismos.

Ahora, cinco años después del triunfo de Vicente Fox, decíamos los pocos electores activos han estado votando mayoritariamente por el PRI ¿A cuál PRI han dirigido ese voto?, ¿al PRI que, como Fox, ha manipulado el Fobaproa-IPAB, la privatización del sector energético, la reducción a cero de los derechos laborales, la reducción a cero de la seguridad social, el desmantelamiento de la universidad pública, el sometimiento dócil al proteccionismo, intereses y negocios de los consorcios de Estados Unidos? Si así fuera, estaríamos como los empleados bancarios de aquella película de Woody Allen titulada en español *Robó, huyó y lo pescaron*. La banda de ladrones de Woody Allen se había preparado largo tiempo para asaltar un banco. La mañana en que decidieron efectuar el atraco, otra banda de maleantes se presentó también para asaltarlo. Las dos bandas reclamaron su derecho independiente al atraco y como no pudieron llegar a un acuerdo pidieron a los empleados que decidieran por votación cuál banda de ladrones preferían que los asaltara. Decía, pues, que ahora estaríamos como esos empleados, obligados a elegir quién debe asaltarnos.

Sé que hay algunos priístas que todavía creen que es válido frenar el desmantelamiento del Estado mexicano y no colaborar obsequiosamente en su derrumbe. Sin embargo, si el PRI de Roberto Madrazo ganara las próximas elecciones sería tarde para comprobar si aún quedan entre las filas de ese partido político que no empleen su importante número mayoritario para vender lo poco que del país están dejando los últimos cuatro presidentes neoliberales y modernos.

